lado. Puesto que usted debe saber dónde se halla, y conociendo desde largo tiempo la hidalguía de usted, le remito su dote, que le suplico haga llegar á sus manos.

Soy de usted, señor Conde, con la mayor consideración, S. S. Q. B. S. M.—*El Marqués de Montbar.*»

XX

Como unos quince meses después de los sucesos que acabamos de referir, y en una helada noche de invierno, una escena muy triste tenía lugar en una linda casita situada en la calle de Babilonia, de París.

La entrada era por el jardín, en cuyo centro se veía un pabellón que servía de vivienda á dos personas y su servidumbre.

En el barrio eran conocidas por Mr. y Madame Lawrence; esposos dotados de una belleza poco común, que parecían melancólicos, y que huían en lo posible, y sin afectación, de ser vistos y de tratar con las gentes.

Alabábase mucho en el barrio la belleza delicada, pura y aristocrática de Mme. de Lawrence, española de nación, según había dicho su nodriza, vieja habladora, pero que sólo decía lo que no importaba mucho que se supiera.

En la noche de que vamos hablando, los llamados esposos se hallaban en un lindo saloncito, bien alumbrado por una lámpara que pendía del techo, por dos candelabros con bujías colocados

sobre la chimenea, y por un quinqué que sostenía un velador del Japón.

Al lado de este velador estaba sentada la joven española, con un bordado en la mano, en el que no trabajaba.

Era, efectivamente, muy hermosa. Su alta estatura, esbelta y elegante, tenía proporciones llenas de gracia y delicadeza; su rostro, sentimental, era de una belleza angélica; sus cabellos, de un castaño claro y brillante, caían en gruesos bucles por su frente y espalda, y hacían parecer más hechiceros sus ojos negros; sin embargo, en aquel divino rostro, tan perfecto y tan puro, se hallaban dibujados á la vez una enfermedad mortal y un desaliento terrible.

Cerca de ella, dormitaba en un sillón un caballero joven y de una belleza varonil y triste á la vez.

Sobre el velador había un té servido para dos personas.

La joven, pues contaba poco más de veintitrés años, miraba, ya al té que se enfriaba, ya á su compañero; la expresión tímida de su rostro decía que no se atrevía á despertarle: dos veces se levantó y se dirigió hacia él, y otras dos volvió á sentarse sin haberle llamado.

Por fin, sin dejar su asiento, dijo con voz dulce:

—¡Edmundo!

El que dormitaba alzó la cabeza.

—¿Qué quieres?—contestó.

—El té se enfría.

—¡Y bien! ¡Tómale tú! ¡No quiero té!

La joven enjugó una lágrima.

—¡Siempre llanto!—dijo Mr. de Valence, levantándose y paseándose con violencia.—¡Siempre quejas! ¡Cristina, es preciso concluir!

—¿Acaso me quejo yo?—preguntó la Marquesa, haciendo esfuerzos para sonreir.

—Soy yo el que se queja. Desde que murió mi padre, echo de menos una familia, un objeto, algo que me saque de esta perpetua soledad, de este aislamiento que me hastía y me consume.

—Yo he dejado por tí á todos los míos—observó la Marquesa con amargura;—he dejado mi rango, mis amigos, mi esposo, ¡un hombre tan bueno para mí!

—No te exigí yo semejantes sacrificios,—dijo el Marqués.

—Y, sin embargo, los aceptaste.

—¡Siempre lo mismo!—exclamó Mr. de Valence colérico.—¡Siempre quejas, siempre lágrimas! ¡Preciso es que acabemos de una vez, Cristina!

—¿Es á eso á lo que querías venir á parar?—exclamó la Marquesa.—¿Y qué, no hay más que seducir, que perder á una mujer honrada, para decirle el día en que el hastío reemplaza al amor: «es preciso acabar?» ¿Crees que no has contraído conmigo ninguna obligación? ¿Qué será ahora

de mí? ¡Mi dote se ha empleado en pagar tus deudas! Nada me has dejado para poder atender á mi subsistencia. ¡Acaso amas á otra mujer... y á mí no me queda más recurso que el suicidio!... ¡Y, sin embargo, yo te amo todavía!... ¡Oh, vergüenza!... ¡Oh, desesperación!

—Vamos, cálmate, Cristina—repuso Mr. de Valence, sentándose al lado de la Marquesa;—cálmate y hablemos. Ya sabes que á la muerte de mi padre, mi hermano heredó su título y yo el que éste llevaba; desde entonces echo de menos á mis amigos, mi casa, mi familia. En tanto que vivió mi padre, su inmensa ternura para mí lo iluminaba todo; pero desde hace diez meses que él falta todo lo veo obscuro y triste, y he comprendido, por fin, que sólo un amor puro y legítimo puede llenar el amargo vacío que su pérdida ha dejado en torno mío. Mi hermano tiene esposa y dos hermosos hijos: yo le envidio; en una palabra, el cansancio y el deseo de familia y de hogar han muerto la pasión que me inspiraste, Cristina. No sé mentir: yo no puedo ser tu amante, pero siempre seré para tí el mejor amigo; tengo treinta años, y la razón ha llegado sin que yo la llamase.

—¿Es decir, caballero—observó Cristina, cuyo cuerpo temblaba y cuyo rostro estaba pálido como las hojas de una azucena,—que cuando usted se iba y me dejaba sola horas enteras era ya para buscar esa esposa honrada y pura que ahora,

marchito ya y cansado de todo, viejo á los treinta años, le exige la conveniencia?

—Sí, Cristina,—respondió Valence.

—¿Y... la ha encontrado usted?

—Sí.

—¿De modo que está usted decidido á que todo se acabe entre nosotros?

—No puede ser de otro modo.

—¡Oh, infeliz de mí!—exclamó la Marquesa alzando al cielo sus ojos y sus manos unidas.—¿Qué he hecho? ¿Qué hombre es éste al que he fiado lo que tenía más caro en el mundo, que me ha costado el aprecio y consideración de todos y de mí misma, que me ha costado la vida de mi padre?

—Has hecho lo que hacen tantas otras mujeres en tu lugar, Cristina — respondió el Vizconde, prosiguiendo con fría y calculada obstinación la idea de su rompimiento;—has sacrificado á una quimera la felicidad real y positiva de tu vida; en cuanto á mí, soy un hombre como todos los demás. La debilidad vuestra es el origen de nuestras victorias; pero no hablemos más de esto, es tarde y necesitas descansar; tranquilízate y acostúmbrate á la idea de nuestra separación.

—¡No, no!—exclamó la Marquesa levantándose.—¡Esa separación es imposible! ¡No se abandona de ese modo á una pobre mujer sin recursos, sin amigos, sin apoyo de ningún género!

¡No, caballero: usted no puede abandonarme tan cobarde y cruelmente!

El Vizconde agitó el cordón de la campanilla; en tanto que se presentaba el criado, se acercó á Cristina.

—Señora—le dijo,—hace dos días he solicitado la mano de una joven, tan ilustre por su cuna como adorable por su belleza y su virtud; además, es muy rica... y me la han concedido.

Y volviéndose al criado, añadió:

—Pon luz en mi cuarto.

Cristina no respondió ni una sola palabra: el golpe la había anonadado.

—Buenas noches, señora—dijo Valence;—mañana es forzoso que yo deje esta casa para no volver.

El Vizconde desapareció dichas estas palabras, y la Marquesa exhaló un grito ronco, dejándose caer en un sillón.

Un segundo después se abrió de nuevo la puerta del salón, y dió paso á Agueda, que venía cautelosa, pero precipitadamente.

—¡Señora, señora, tengo una cosa para usted! —dijo á la Marquesa.—¡Mire usted, una carta!

La Marquesa alzó la cabeza con un movimiento maquinal.

—Aquí está—prosiguió Agueda, sacándola de su bolsillo;—se la ha dado á Benito un señor alto, que dice que tiene el pelo blanco, aunque es joven todavía.

Cristina tomó la carta con desmayada mano; pero así que vió el sobre, dejó escapar un grito: había reconocido la letra de su marido.

—¡Es muy justo!—murmuró.—Estará llena de reproches, y me dirá que lo que me sucede es el castigo de mis faltas. El no me ha perdido de vista, estoy segura de ello, y sabrá hasta qué extremo soy infeliz; no importa: apuremos hasta el fin este amargo cáliz... y después... después... iré á buscar el remedio supremo.

Abrió la carta y leyó lo que sigue:

«Te he seguido paso á paso, Cristina, y conozco hasta dónde llega hoy tu desgracia; sé que ese hombre, en pago de tu amor, te ha empobrecido, te ha sido infiel por mil miserables caprichos, y por fin te va á abandonar cobardemente, porque va á casarse con otra. Pues bien: yo, en pago del amor que un día me tuviste, te ofrezco de nuevo mi casa, mi completo perdón, el olvido de todo lo pasado y la amistad más tierna y sincera. No te haré vivir en París, donde todos saben lo que ha sucedido: te llevaré al pobre castillejo de Bretaña, donde eras tan amada, y los honrados pescadores, á quienes socorrías, no te pedirán cuenta de tu pasado, ni se acordarán más que de tus beneficios. Cuando la calma haya vuelto á tu corazón, nos iremos á un país extranjero, donde todo sea nuevo para tí. Mi vida está vacía y triste desde que te perdí: vuelve á llenarla con tu amistad y con tu grata compañía.

Cuando acabes de leer esta carta estaré cerca de tí, y mi brazo, fuerte para defenderte, te prestará su apoyo para devolverte la libertad.—*Jorge.*»

La Marquesa había leído las primeras líneas de esta carta con el acento monotono y gutural de la sonámbula; luego los sollozos llegaron á sus labios, y su llanto fué tan copioso que hubo de interrumpirse varias veces. Cuando acabó, exclamó alzando las manos al cielo:

—¡Ese hombre es un héroe ó un santo!

—Es un hombre que ha aprendido en la ley de Jesucristo á perdonar—dijo á su derecha la voz del Marqués de Montbar, que había entrado mientras su esposa leía.—Salgamos de aquí—añadió presentándole el brazo;—y tú, Agueda, síguenos.

Cristina se apoyó desfallecida en aquel noble brazo; apenas podía andar, y el Marqués la sentía temblar con los sacudimientos de la fiebre que la devoraba.

Al pasar por el recibimiento, una puerta se abrió y una cabeza curiosa asomó por ella.

Era la del Vizconde, avisado sin duda por alguno de sus criados de lo que pasaba.

El Marqués se detuvo enfrente de aquella puerta, y sin soltar el brazo de la mujer, alzó los ojos y miró con toda la majestad de la virtud al vil seductor. Este se inclinó con profunda humildad y extremado sonrojo ante el marido ultrajado, ante

el generoso protector de la debilidad y de la desgracia.

El Marqués pasó sin decir una sola palabra, y salió lentamente con su mujer, seguido de Agueda, que iba loca de alegría y á la vez enjugándose las lágrimas de admiración que le causaba la conducta de su señor.